Notas de Elena G. de White

Lección 5
30 de Julio de 2011

Bienaventurado eres, ¡Oh Israel!

Sábado 23 de julio

Satanás sabe que aquellos que buscan a Dios fervientemente para alcanzar perdón y gracia los obtendrán; por lo tanto les recuerda sus pecados para desanimarlos. Constantemente busca motivos de queja contra los que procuran obedecer a Dios. Trata de hacer aparecer como corrompido aun su servicio mejor y más aceptable. Mediante estratagemas incontables y de las más sutiles y crueles, intenta obtener su condenación.

El hombre no puede por sí mismo hacer frente a estas acusaciones del enemigo. Con sus ropas manchadas de pecado, confiesa su culpabilidad delante de Dios. Pero Jesús, nuestro Abogado, presenta una súplica eficaz en favor de todos los que mediante el arrepentimiento y la fe le han confiado la guarda de sus almas. Intercede por su causa y vence a su acusador con los poderosos argumentos del Calvario. Su perfecta obediencia a la ley de Dios le ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra, y él solicita a su Padre misericordia y reconciliación para el hombre culpable. Al acusador de sus hijos declara: "¡Jehová te reprenda, oh Satanás! Estos son la compra de mi sangre, tizones arrancados del fuego". Y los que confían en él con fe reciben la consoladora promesa: "Mira que he hecho pasar tu pecado de ti, y te he hecho vestir ropas de gala" (Zacarías 3:4) (***La maravillosa gracia de Dios*, p. 316**).

Domingo 24 de julio:
La dedicación

La gracia de Dios, cuando es recibida, lleva a la práctica de lo correcto y produce la línea de demarcación entre los hijos de Dios y las multitudes incrédulas. Los primeros viven en cautividad a Cristo; las últimas, en cautividad y esclavitud bajo el príncipe de las tinieblas. Aquel que ha respondido al llamado de Cristo, está encantado con su amor y expresa sus alabanzas a quien lo llamó de las tinieblas a su luz admirable. No puede dejar de hablar de la gracia que le ha sido concedida. Se ha alistado como soldado para hacer avanzar la gloria de Dios y llega a ser un canal de luz. Por su obediencia y voluntad llega a ser de aquellos que la inspiración denomina "real sacerdocio, gente santa, pueblo adquirido".

Aquellos que sirven a Dios tienen gozo y paz; pero también sienten un temor reverente: "Temamos, pues, no sea que permaneciendo aun la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado" (Hebreos 4:1). Este temor santificado es perfectamente aceptable; no es el temor cobarde y servil, sino el temor de hacer algo que Cristo no apruebe. Este temor regula la experiencia cristiana, porque considera a Dios con reverencia y amor, lo que lleva a la humildad. Es totalmente diferente al miedo de un esclavo que solo espera el latigazo. El temor reverente conduce a una firme confianza en Dios (***Signs of the Times*, 22 de septiembre, 1898**).

No debía de haber nada desaliñado o sucio en los que aparecían delante de él cuando llegaban ante su santa presencia. ¿Y por qué era así? ¿Cuál era el objeto de todo ese cuidado? ¿Era solo para recomendar el pueblo a Dios? ¿Era solo para obtener la aprobación del Señor?

La razón que se me dio fue ésta: que debía hacerse la debida impresión sobre el pueblo. Si los que ministraban en el oficio sagrado dejaban de manifestar cuidado y reverencia hacia Dios, tanto en su vestido como en su comportamiento, el pueblo perdería su temor reverente por Dios y por su sagrado servicio.

Si los sacerdotes mostraban gran reverencia por Dios al ser muy cuidadosos cuando llegaban ante su presencia, esto le daba al pueblo una idea exaltada de Dios y de sus requerimientos. Esto les mostraba que Dios era santo, que su obra era sagrada, y que todo lo que se hacía en relación con su obra debía ser santo; que debía estar libre de todo lo que fuera impureza y suciedad; y

que toda contaminación debía alejarse de los que se acercaban a Dios (***Mensajes selectos,* tomo 3, pp. 285, 286**).

Lunes 25 de julio:
Fuego de delante de Dios

Después de Moisés y de Aarón, Nadab y Abiú ocupaban la posición más elevada en Israel. Habían sido especialmente honrados por el Señor, y juntamente con los setenta ancianos se les había permitido contemplar su gloria en el monte. Pero su transgresión no debía disculparse ni considerarse con ligereza. Todo aquello hacía su pecado aún más grave. Por el hecho de que los hombres hayan recibido gran luz, y como los príncipes de Israel, hayan ascendido al monte, hayan gozado de la comunión con Dios y hayan morado en la luz de su gloria, no deben lisonjearse de que pueden después pecar impunemente; no deben creer que porque fueron así honrados, Dios no castigará estrictamente su iniquidad. Este es un engaño fatal. La gran luz y los privilegios otorgados demandan reciprocidad, que debe manifestarse en una virtud y santidad correspondientes a la luz recibida. Dios no aceptará nada menos que esto. Las grandes bendiciones o privilegios no debieran adormecer a los hombres en la seguridad o la negligencia. Nunca debieran dar licencia para pecar, ni debieran creer los favorecidos que Dios no será estricto con ellos...

En su juventud, Nadab y Abiú no habían sido educados para que desarrollaran hábitos de dominio propio... Los hábitos de complacencia propia, practicados durante mucho tiempo, los dominaban de tal manera que ni la responsabilidad del cargo más sagrado tenía poder para romperlos. No se les había enseñado a respetar la autoridad de su padre, y por eso no comprendían la necesidad de ser estrictos en su obediencia a los requisitos de Dios. La equivocada indulgencia de Aarón respecto a sus hijos, preparó a éstos para que fueran objeto del castigo divino.

Dios quiso enseñar al pueblo que debía acercarse a él con toda reverencia y veneración y exactamente como él indicaba. El Señor no puede aceptar una obediencia parcial. No bastaba que en el solemne tiempo del culto casi todo se hiciera como él había ordenado... Nadie se engañe a sí mismo con la creencia de que una parte de los mandamientos de Dios no es esencial, o que él aceptará un sustituto en reemplazo de lo que él ha ordenado (***Conflicto y valor,* p. 100**).

Dios no aceptaría ningún sacrificio que no estuviese sazonado con la sal del fuego divino, que representaba la comunicación entre Dios y el hombre accesible solamente mediante Jesucristo. El fuego sagrado que debía ser puesto en el incensario era mantenido perpetuamente encendido, y mientras los hijos de Dios estaban afuera, orando fervientemente, el incienso alumbrado por el fuego sagrado había de subir delante de Dios mezclado con sus oraciones. Este incienso era un emblema de la mediación de Cristo.

Los hijos de Aarón tomaron fuego común, que Dios no aceptaba, y ofrecieron un insulto al Dios infinito presentando este fuego extraño delante de él. Dios los consumió con fuego por su desprecio deliberado de sus expresas indicaciones. Todas sus obras eran como la ofrenda de Caín. No se representaba en ellas al divino Salvador. Si esos hijos de Aarón hubiesen tenido el dominio completo de sus facultades pensantes, habrían discernido la diferencia entre el fuego común y el sagrado. La complacencia del apetito rebajó sus facultades y oscureció de tal forma su intelecto que se extinguió su facultad de discernimiento. Comprendían plenamente el carácter sagrado del servicio simbólico y la terrible solemnidad y responsabilidad que pesaba sobre ellos al presentarse delante de Dios para ministrar en el servicio sagrado (***La temperancia,* pp. 39, 40**).

Martes 26 de julio:
Bienaventurado tú, oh Israel

Moisés no le dio a Dios el poder y la gloria ni lo engrandeció delante del pueblo. En su infinita misericordia, el Señor permitió que fluyeran las aguas, pero ese acto no probó que Moisés hubiera procedido correctamente al mezclar sus sentimientos con la obra divina. Delante de esa congregación rebelde y errante, Moisés dio evidencias de haber perdido su control y su paciencia. Para los que son irritables y apasionados, esto puede parecer algo trivial; pero para Dios era un serio agravio puesto que le daba al pueblo la oportunidad de dudar de la dirección divina en el pasado, y a la vez mitigar la gravedad de sus propios pecados.

La clase de lenguaje utilizado por Moisés no era el que Dios había puesto en su boca; provenía de sentimientos irritados: "¡Oíd ahora, rebeldes!" Era verdad; pero aun la verdad no debe ser expresada para gratificar la pasión o la impaciencia. Cuando Dios le ordenaba a Moisés acusar al pueblo de murmurar y rebelarse, sus palabras podían ser dolorosas y difíciles de oír,

tanto para él como para el pueblo; no obstante Dios apoyaba a su siervo al tener que declarar las verdades más severas y dolorosas. Pero cuando un ser humano expresa palabras que hieren y lastiman, Dios es agraviado y se hace mucho mal. El acto airado de Moisés de golpear la roca y expresar palabras hirientes fue una exhibición de la pasión humana y no de santa indignación porque Dios había sido deshonrado (***Signs of the Times*****, 30 de septiembre, 1880**).

Moisés se adjudicó la gloria que pertenecía a Dios, y obligó al Señor a hacer algo en este caso que convenciera para siempre al rebelde Israel que no era Moisés quien los había sacado de Egipto, sino Dios mismo. El Altísimo había encargado a Moisés la dirección de su pueblo, mientras el poderoso Ángel iba delante de ellos en todas sus jornadas y los conducía en todas sus peregrinaciones. Puesto que estaban tan inclinados a olvidar que el Señor los conducía por medio de su Ángel, y a acreditar al hombre lo que solamente podía llevar a cabo el poder de Dios, los había probado para ver si le obedecerían o no. Pero cada vez que los sometió a prueba fracasaron. En lugar de crecer y reconocer que el Señor les había señalado senderos con evidencias de su poder y con señales concluyentes de su cuidado y su amor, desconfiaron del Altísimo y adjudicaron a Moisés su salida de Egipto, acusándolo de ser la causa de todos sus desastres. Moisés había soportado su testarudez con notable paciencia. En una ocasión incluso amenazaron apedrearlo.

Jehová iba a borrar para siempre esta impresión de sus mentes al prohibir a Moisés que entrara en la tierra prometida. Dios había honrado mucho a Moisés. Le había revelado su inmensa gloria. Lo había puesto en sagrada proximidad con él en el monte, y había condescendido a conversar con él como un hombre que habla con su amigo. Había comunicado a Moisés, y por su intermedio al pueblo, su voluntad, sus estatutos y leyes. El hecho de que fuera exaltado y honrado por Dios de esa manera le dio a su error una enorme magnitud. Moisés se arrepintió de ese error y se humilló profundamente delante de Dios. Expuso ante todo Israel el pesar que sentía por su pecado. No podía ocultar las consecuencias de su falta, y por eso les dijo que por no dar gloria a Dios no podía conducirlos a la tierra prometida. Entonces les preguntó que si un error de su parte era tan grande que merecía semejante corrección por parte de Dios, cómo consideraría el Señor sus constantes quejas al acusarlo a él (a Moisés) de las inusuales sanciones del Señor por causa de sus pecados (***La historia de la redención*****, pp. 170-172**).

Miércoles 27 de julio:
Una actitud de entrega

Hay un gran poder en la oración. Nuestro poderoso adversario constantemente procura mantener lejos de Dios al alma turbada. Una súplica elevada al cielo por el santo más humilde es más temible para Satanás que los decretos gubernamentales o las órdenes reales.

La oración de Ana no fue escuchada por oídos mortales pero llegó a oídos del Señor de las huestes. Le rogó fervientemente que quitara su humillación y le concediera lo que las mujeres de ese tiempo más apreciaban: la bendición de la maternidad. Mientras luchaba en oración su voz no emitía sonido alguno, pero sus labios se movían y su rostro daba evidencias de profundas emociones. Ahora le esperaba otro problema a la humilde suplicante. Cuando Elí, el sumo sacerdote la vio, consideró rápidamente que estaba intoxicada. Las fiestas y borracheras habían suplantado por largo tiempo la verdadera piedad en el pueblo de Israel. La intemperancia ocurría frecuentemente aun entre las mujeres. Por lo tanto Elí determinó darle lo que él consideraba era un merecido reproche: "¿Hasta cuándo estarás ebria? Digiere tu vino".

Ana se había comunicado con Dios y creía que su oración había sido escuchada; por lo tanto la paz de Cristo había llenado su corazón. Por ser de naturaleza sensible y amable no se indignó ni se entristeció por el injusto cargo de estar ebria en la casa de Dios. Con la debida reverencia hacia el ungido de Jehová, respondió calmadamente a la acusación y expuso la verdadera causa de su emoción: "No, señor mío; yo soy una mujer atribulada de espíritu; no he bebido vino ni sidra, sino que he derramado mi alma delante de Jehová. No tengas a tu sierva por una mujer impía; porque por la magnitud de mis congojas y de mi aflicción he hablado hasta ahora". Convencido de que su reproche había sido injusto, "Elí respondió y dijo: Ve en paz, y el Dios de Israel te otorgue la petición que le has hecho" (1 Samuel 1:14-17).

En su oración, Ana había hecho el voto de que si se le concedía lo que había pedido, dedicaría su hijo al servicio de Dios. Al compartir con su esposo el voto que había tomado, éste lo confirmó en un solemne acto de adoración, y entonces volvieron a su casa en Ramá (***Signs of the Times*, 27 de octubre, 1881**).

Cuanto más débiles nos sintamos, más necesitamos de Cristo y tanto más tiempo debemos pasar con Dios en oración. Cuanto más ignorante de la verdad bíblica sea una persona, y más envuelta en la superstición, tanto más necesita del brazo del poder infinito para elevarse. Tal persona necesita más compasión que censura. Si recordamos nuestros propios pecados y cuanto tiempo nos soportó el Señor mientras descuidábamos nuestra salvación, caminaremos delante de él con temor y temblor. Cristo dijo: "Separados de mí nada podéis hacer". Necesitamos estar imbuidos del Espíritu Santo, porque de otra manera el corazón humano queda destituido del amor y la mansedumbre de Cristo y prefiere entrar en conflictos y discusiones por la verdad. Los que están proclamando el mensaje de Dios al mundo deben ser cuidadosos de no reaccionar, criticar y condenar a otros; deben cuidarse de no herir con sus palabras sino dejar que la misma verdad bíblica penetre en el corazón. En lugar de hablar con impaciencia, deben presentar la esperanza que hay en ellos con mansedumbre y temor. ¿Qué clase de temor? ¿Temor de no tener la verdad? No. Temor de que por usar una palabra impaciente o descuidada puedan cerrarse los corazones a la verdad. Es mejor mantenerse silencioso que contestar las acusaciones de los enemigos con impaciencia y desconsideración (***Gospel Workers*****, edición 1892, pp. 396, 397**).

Jueves 28 de julio:
Adoración y **obediencia**

Por su falta de fe y de obediencia a los claros mandatos del Señor, Saúl demostró que no estaba capacitado para gobernar a Israel, y Dios no establecería su reino. Los servicios religiosos que él había hecho no eran aceptables al Dios del cielo. "El obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros" (1 Samuel 15:22).

La única seguridad para el pueblo de Dios es ser obedientes a su palabra. Todas sus promesas tienen como condición la fe y la obediencia, y el fracaso en cumplir con sus órdenes expresas derivará en la pérdida de las ricas provisiones de las Escrituras. Saúl no agradó al Señor al no esperar que el siervo de Dios llegara para cumplir su tarea. No había necesidad de que él se apresurara para ofrecer los sacrificios ante el Señor. La orden de esperar hasta que llegara Samuel fue dada para probar su lealtad a Dios, quien lo había bendecido tan abundantemente. Si el rey hubiese mostrado respeto por los requerimientos de Dios, el Señor hubiera cumplido su voluntad me-

diante él, a pesar de sus deseos y su inclinación natural de seguir un curso de acción diferente. Su fracaso en cumplir las órdenes divinas probó que él no estaba capacitado para ser el representante de Dios frente a su pueblo. Al seguir su voluntad en lugar de la de Dios, hubiera conducido al pueblo por caminos equivocados. Había sido pesado en balanza y había sido hallado falto. Su fracaso en esta pequeña prueba decidió el destino de su reinado. Si hubiera sido fiel, su reino habría sido establecido para siempre; pero ahora los propósitos de Dios debían ser cumplidos por otro que fuera fiel a la palabra y las órdenes divinas. Los grandes intereses de Israel debían ser puestos en manos de aquel que gobernara al pueblo de acuerdo con la voluntad de Dios.

El ejemplo de Saúl debiera ser una advertencia para nosotros, porque tampoco sabemos qué cosas importantes puede tener Dios en su providencia. La obra puesta en nuestras manos debe ser cumplida con fidelidad, siguiendo las definidas órdenes divinas. La Palabra de Dios es la única guía segura para nuestros pies. No debemos seguir nuestros propios impulsos ni confiar en el juicio humano sino en la voluntad revelada de Dios, y caminar de acuerdo con sus mandatos sin importar las circunstancias que nos rodeen. Dios se encargará de los resultados. El ser fieles a las órdenes divinas en tiempo de prueba, declarará ante los hombres y los ángeles, que Dios puede confiar en nosotros para que en tiempos aun más difíciles podamos hacer su voluntad, honrar su nombre y bendecir a su pueblo (***Signs of the Times*, 11 de mayo, 1888**).

Dios no es menos riguroso ahora que en los tiempos antiguos. Su ojo está sobre su pueblo y sobre las obras de sus manos. No aceptará una obediencia parcial ni decisiones propias; no dejará la desobediencia sin castigo. Aunque pacientemente soportará al transgresor, finalmente la retribución llegará.

Aunque Dios habló a los hijos de Israel mediante los profetas y apóstoles, nunca su pueblo estuvo más informado que ahora acerca de su voluntad y del curso de acción que debe seguir. ¿Aceptará sus enseñanzas? ¿Recibirá y prestará atención a sus reproches y advertencias?

La desobediencia no solo endurece el corazón y la conciencia del culpable, sino que tiende a corromper la fe de los demás. Lo que les parece muy malo al principio pierde gradualmente esta apariencia al estar constantemente de-

lante de ellos, hasta que finalmente dudan de que sea realmente un pecado, e inconscientemente caen en el mismo error.

Cuando se nos presenta un deber, no demoremos el cumplimiento de sus demandas. Una demora tal da tiempo a la duda; crece la incredulidad, el juicio se pervierte y se obscurece el entendimiento. Al fin, las reprensiones del Espíritu de Dios no llegan al corazón de la persona seducida, la cual se ha enceguecido tanto que considera imposible que dichas reprensiones le sean destinadas o que se apliquen a su caso (***Signs of the Times*, 22 de julio, 1886**).

Viernes 29 de julio:
Para estudiar y meditar

***Patriarcas y profetas*, pp. 373-377; 659-678.**

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática